



**ÍDES
PER
TE EDGAR
MORIN
MOS!**

PAIDÓS

Edgar Morin

¡Despertemos!

Traducción de Núria Petit

PAIDÓS Estado y Sociedad

Título original: *Réveillons-nous!*, de Edgar Morin

1.ª edición, mayo de 2024

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Éditions Denoël, 2022

© de la traducción, Núria Petit Fontserè, 2024

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2024

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la cubierta: Dovina/Shutterstock

ISBN: 978-84-493-4239-4

Maquetación: Realización Planeta

Depósito legal: B. 5.003-2024

Impresión y encuadernación en Liberdúplex, S. L.

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

| | |
|-------------------------------------------------------------------|----|
| 1. Dos Francias en una | 11 |
| 2. Una nueva era antropológica | 29 |
| 3. Pensamiento de la crisis y crisis del pensamiento | 39 |
| 4. Volver a nuestra Tierra. | 51 |
| | |
| Agradecimientos | 69 |
| Sobre el autor | 71 |



Capítulo 1
DOS FRANCIAS
EN UNA



Desde la Revolución de 1789, se han sucedido o han coexistido dos Francias: la Francia humanista y la Francia reaccionaria. La campaña para la elección presidencial de 2022 demuestra hasta qué punto la segunda se ha impuesto hoy a la primera. La propia identidad del país se ha convertido en un problema. Ahora bien, la historia nos revela claramente la naturaleza una y múltiple de la identidad francesa.

EL AFRANCESAMIENTO

En el transcurso de una historia multisecular, Francia se constituyó a partir de pueblos heterogéneos con una lengua y una cultura distintas. Así fue como, a partir de la Île-de-France, los Capetos y sus sucesores ampliaron su reino con el Orleanesado, Normandía, el Langu-

doc, Auvernia, el Delfinado, Alsacia, Lorena, una parte de Cataluña y del País Vasco, Córcega y, en el siglo XIX, Niza y Saboya. Este afrancesamiento de pueblos convertidos en provincias, sometidos a un Estado, a una Administración y a una lengua común se hizo a menudo mediante la anexión, la violencia represiva e incluso la guerra (como con la cruzada contra los albigenses, que selló la sumisión del sur al norte o las dragonadas en Bretaña), o mediante la purificación religiosa (la guetización o expulsión de los judíos, o la guerra civil que subordinó y luego prohibió el protestantismo).

Los reinos de España y Gran Bretaña, que se formaron y desarrollaron al mismo tiempo, también agregaron y sometieron a pueblos diversos: castellanos, catalanes, andaluces y gallegos en España; normandos, sajones, escoceses e irlandeses en Gran Bretaña. La purificación religiosa también se ejerció en todos esos países: en España, con la conversión de los musulmanes y de los judíos o su expulsión en 1492; en Gran Bretaña, con el acta de supremacía que subordinó a los católicos a los protestantes, y luego la represión feroz del catolicismo irlandés por Cromwell; en Francia, con la revocación del Edicto de Nantes en 1685 y el exilio de trescientos mil protestantes.

En estas naciones, monarquías de derecho divino, los individuos eran súbditos, no ciudadanos; estaban sujetos a servidumbres y no gozaban de derechos. Pero Francia llevó a cabo en 1789 una revolución que, al proclamar los principios fundadores de una nación humanista, la diferenció de todas las demás.

LA NACIÓN HUMANISTA

Tras la toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789, que destruyó simbólicamente el poder absoluto, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano el 26 de agosto proclamó la igualdad de derechos y la plena calidad humana de toda persona, independientemente de su origen o su estatus. El 4 de agosto de 1789, la abolición de los privilegios puso fin a los poderes y prebendas de la aristocracia. El 14 de julio de 1790, en la Fiesta de la Federación, los representantes de las provincias acudieron a manifestar su adhesión a «la gran nación». El 21 de septiembre de 1792, la realeza fue abolida y, al día siguiente, se proclamó la República. El 21 de junio de 1793, el alcalde de París, Jean-Nicolas Pache, mandó pintar en los muros del ayuntamiento la consigna: «La Repúbli-

ca, una e indivisible. Libertad, Igualdad, Fraternidad o muerte».

La Revolución francesa dotó así a la nación de un fundamento humanista y universal con los derechos humanos, y de un fundamento democrático con la abolición de los privilegios y la instauración, en 1792, del sufragio universal (exclusivamente masculino).

Esta nación solo fue humanista durante un breve periodo de tiempo. La guerra, librada por las monarquías contra la Revolución, provocó el Terror; luego el Imperio napoleónico y la Restauración monárquica restablecieron la autoridad del trono y del altar.

Sin embargo, a partir de la Revolución, Francia se convirtió definitivamente en una patria, es decir, en una sociedad sentida por sus ciudadanos como una comunidad de destino en la que todos y cada uno de ellos pertenecían a una inmensa casi familia. La palabra *patria* implica un componente mítico afectivo: empieza con una forma masculina paternal, portadora de una autoridad indiscutible, y termina con una femenina maternal, portadora de amor supremo hacia la «madre patria». La expresión permite comprender toda la afectividad de un sentimiento que amplifica a la dimensión de la nación el lazo filial con los progenitores y el

sentimiento de pertenencia a una comunidad. La palabra *patria* expresa nuestro apego indefectible a la nación y el sacrificio voluntario de la propia vida por los «nuestros».

Una nación es una comunidad de destino en la que se exalta el patriotismo cuando se ve amenazada o está en guerra. En tiempo de paz, el sentimiento comunitario se atenúa y la sociedad se ve abocada a múltiples antagonismos y conflictos.

Las guerras de la Revolución dieron vida al patriotismo; luego, las guerras de 1870 y de 1914-1918 lo despertaron, lo excitaron, lo exaltaron... y lo degradaron convirtiéndolo en nacionalismo.

El nacionalismo deshumaniza al enemigo en tiempo de guerra y subhumaniza al extranjero en tiempo de paz. Sin embargo, como muy bien lo vio Jaurès, para quien el patriotismo y el internacionalismo estaban unidos, el patriotismo y el humanismo, que comportan la preocupación por el destino de la especie, son complementarios.

A finales del siglo XIX, la Restauración reinstaló la monarquía en Francia durante un largo periodo, en el seno de una Santa Alianza europea y reaccionaria. Luego, salvo la efímera Segunda República, que adoptó el lema «Li-

bertad, Igualdad, Fraternidad» y abolió la esclavitud, el retorno a una Francia humanista se produjo lentamente. La Tercera República, proclamada el 4 de septiembre de 1870, cargó durante sus primeros años con la pesada herencia de la represión de la Comuna.

Pero la Francia humanista recuperó el vigor, especialmente gracias al establecimiento por Jules Ferry de la escuela primaria gratuita, laica y obligatoria para los niños y después para las niñas en 1881-1882; posteriormente, en 1905, la separación entre la Iglesia y el Estado instauró la laicidad como principio nacional; mientras, paralelamente, se desarrolló el caso Dreyfus. El capitán, injustamente condenado en 1894, fue deportado a la Guyana y no fue rehabilitado hasta 1906.

LAS DOS FRANCIAS

La ley de 1905 y el caso Dreyfus radicalizaron la oposición entre una Francia humanista, republicana, dreyfusista, social, y una Francia reaccionaria que propugnaba el retorno a la monarquía, el privilegio de la Iglesia católica, la expulsión de los judíos y, en definitiva, la desaparición de la Francia humanista. Charles

Maurras es a la vez el teórico y el polemista de esa Francia reaccionaria. Para él, Dreyfus era culpable por judío, y la República, apodada *la gueuse* («la golfa»), debía ser barrida. La Francia reaccionaria siguió viva y activa hasta 1914. Su nacionalismo antigermánico y revanchista se exasperó en vísperas del conflicto mundial y provocó el asesinato del líder socialista y pacifista Jean Jaurès en el café Croissant de París, el 31 de julio de 1914, tres días antes de que Alemania le declarase la guerra a Francia.

El primer conflicto mundial, al unir a la mayoría de la nación en una histeria colectiva y al conjunto de los políticos, incluidos los socialistas, en la Unión Sagrada, atenuó la oposición entre las dos Francias, la de derechas y la de izquierdas.

Esta oposición dominó la posguerra hasta principios de la década de 1930. Fue entonces cuando la crisis de Wall Street de 1929 se convirtió en mundial y golpeó a Francia. Aquella crisis económica provocó importantes quiebras, un elevado desempleo e intensas angustias y revueltas. Llevó a Hitler al poder en una Alemania que se volvió nazi. Añadió a la oposición izquierda/derecha la oposición comunismo/fascismo.

La crisis comportó el despertar de la Francia

reaccionaria, que simpatizaba con el fascismo, fue anticomunista más por odio a los proletarios que por horror al estalinismo, denunció la influencia de los judíos en la nación, exigió rechazar a los «metecos», que eran los inmigrantes europeos de entonces, y adoptó como divisa «Francia para los franceses».

La Francia humanista abrazó el comunismo por su ideología fraternalista, pero ignorando u ocultando el carácter real de la Unión Soviética. Se reveló impotente durante la guerra de España, donde intervinieron abiertamente la Italia fascista y la Alemania nazi en un bando y la Unión Soviética en el otro, hasta la derrota final de la España republicana. Aceptó la capitulación de Múnich para salvar la paz.

El desastre militar de 1940 permitió el triunfo de la Francia reaccionaria gracias a la derrota nacional y al acceso al poder del mariscal Pétain. «Trabajo, Familia, Patria» sustituyó a «Libertad, Igualdad, Fraternidad». Sin embargo, la Francia humanista empezaría a renacer clandestinamente en la resistencia y se afirmó como tal en el programa del Consejo Nacional de la Resistencia aprobado el 15 de marzo de 1944, cinco meses antes de la liberación de París. La Francia reaccionaria se hundió con la

derrota de la Alemania nazi, a la cual Vichy se había unido cada vez más.

Tras la liberación, la derecha clásica evolucionó aceptando unas reglas democráticas y sin dejar de ser la portavoz del capitalismo. Los dispositivos del estado del bienestar representaron un compromiso entre el capital y el trabajo. Al mismo tiempo, el comunismo mantuvo la confusión y el engaño en la Francia humanista. Su ideología fraternalista plenamente humanista camufló durante mucho tiempo la realidad totalitaria de la Unión Soviética: el comunismo fue una esperanza gigantesca envuelta en una gigantesca mentira. Luego, el acceso de De Gaulle al poder en 1958, después del levantamiento de Argel, les pareció sospechoso a muchos republicanos de entonces, pero tras utilizar a los sublevados, De Gaulle se convirtió en su enemigo y los aplastó. A partir de entonces coexistieron un gaullismo de izquierdas y un gaullismo de derechas.

En realidad, el comunismo y el gaullismo enturbiaron las aguas durante casi treinta años, hasta que se reconstituyeron a la vez y correlativamente la Francia humanista y la Francia reaccionaria. Esta última regresó primero de forma marginal, vista como «extrema derecha», especialmente con la guerra de Argelia y con el

auge del Frente Nacional: se definió cada vez más por la ocultación de la multiculturalidad histórica propiamente francesa, la cerrazón identitaria, el rechazo a los inmigrantes y el antiarabismo, que se convirtió en antiislamismo como consecuencia del terrorismo yihadista.

Los atentados, la crisis económica, el hundimiento del mito del progreso histórico, la incertidumbre que suscita el presente y todavía más el futuro, y, finalmente, la policrisis derivada de la pandemia han generado fuertes angustias. En ausencia de un gran movimiento político portador de esperanza, estas fuertes inquietudes favorecen el repliegue identitario, revitalizan los racismos que se confunden con las raíces y despiertan un supremacismo latente heredado de la era colonial.

EL TRIUNFO DE LA FRANCIA REACCIONARIA

La hegemonía de los intelectuales de izquierdas desde la liberación (muchos de los cuales sucumbieron al espejismo de la Unión Soviética, China o Cuba y se convirtieron en sus «prego-neros») fue sustituida por una hegemonía de intelectuales de derechas que adoptaron los te-

mas identitarios. Los medios, progresivamente acaparados por oligarcas reaccionarios, se abrieron a los portavoces políticos e intelectuales retrógrados. Los partidos de izquierda, el ala política de la Francia humanista, se desmembraron hasta convertirse en migajas. La bipolarización entre las dos Francias se agravó, de forma más radical aún que en los comienzos de la Tercera República, pero esta vez en beneficio de la Francia reaccionaria.

El tema fundamental de esta última ha sido el de la inmigración, especialmente árabe y africana, considerada como una invasión que consigue el «gran reemplazamiento» de los franceses por los árabes, la eliminación de una civilización cristiana por un islam oscurantista.

La derecha reaccionaria ha encontrado a su teórico polemista en la persona de Éric Zemmour, que desempeña hoy el mismo papel que un Charles Maurras en el pasado. Le da a la Francia reaccionaria su legitimidad histórica eliminando la Revolución de la historia de Francia e integrando a Pétain al lado de De Gaulle (de hecho, bajo la ocupación hubo muchos petaingaullistas, para quienes el mariscal era el escudo protector y el general la espada liberadora).

Al propugnar una autenticidad francesa, que sería la de los franceses de pura cepa ame-

nazados por la invasión inmigrante, Zemmour oculta la realidad multiétnica de Francia y, sobre todo, recupera el peor mito de los nacionalismos modernos: la purificación étnica. Porque es justamente la purificación étnica y religiosa la que constituye hoy la línea principal de la Francia reaccionaria, su obsesión por eliminar la inmigración árabe, africana y musulmana.

La purificación étnica y religiosa es una perversión muy anclada en la historia europea. Además de la limpieza religiosa que se plasmó en la expulsión de los judíos de Inglaterra, de Francia, de Hungría, de varias regiones alemanas, de España y de Portugal durante la Edad Media, la primera purificación étnica de la historia europea tuvo lugar a principios del siglo xvii con la expulsión masiva de los moriscos* de España. La purificación étnica o etnorreligiosa caracteriza a la colonización casi genocida de las Américas y de Australia. En el siglo xx, llevada a su paroxismo por el nazismo, también resucitó en las naciones nacidas de la desinte-

* Véase el excelente libro de Rodrigo de Zayas, *Les morisques et le racisme d'État*, París, La Différence, 2017 (trad. cast.: *Los moriscos y el racismo de Estado*, Córdoba, Almuzara, 2006). (*N. de la t.*)

gración de los imperios (otomano, austrohúngaro y soviético). Estas nuevas naciones quisieron ser de una sola identidad etnorreligiosa, y por ello trataron de eliminar a las minorías étnicas o religiosas que subsistían dentro de ellas. Así, por ejemplo, Turquía exterminó a los armenios, expulsó a los griegos de Estambul y de Asia Menor y persiguió a los kurdos; los griegos expulsaron a los turcos de Macedonia; Serbia y Croacia procedieron cada una a la depuración étnica de sus minorías. Así también, judíos y cristianos árabes o coptos sufrieron discriminaciones, persecuciones o exilio en las naciones árabes islámicas. Del mismo modo que la India, Birmania y China oprimen a sus minorías musulmanas.

INMIGRACIÓN: ¿UN UMBRAL DE TOLERANCIA?

La inmigración plantea un problema de humanidad y de hospitalidad: los esfuerzos humanitarios de las zonas fronterizas que han acogido a migrantes han sido perseguidos por la justicia a causa de su fraternidad ilegal. La inmigración también suscita una pregunta más amplia, alrededor de lo que Claude Lévi-Strauss llamaba el

*umbral de tolerancia** para los extranjeros. Lévi-Strauss puntualizaba que «el umbral de tolerancia no es un concepto de derecho, sino una constatación de hecho».

En términos muy generales, un organismo vivo o un sistema social puede y debe integrar en su seno elementos externos que lo nutran y enriquezcan, pero debe protegerse de los elementos que podrían alterar su identidad, su estabilidad y su funcionamiento. Nuestros sistemas inmunitarios, por ejemplo, actúan como una policía refinada y compleja que combate y destruye bacilos y virus corruptores del organismo. Una pequeña sociedad arcaica que viva comunitariamente de la caza, la pesca y la recolección, ligada a sus ritos y creencias, solo puede desintegrarse mediante la introducción brutal de un dios extranjero, del dinero y del alcohol. En resumen, la occidentalización y el sometimiento han provocado la desintegración o el declive de innumerables sociedades en el mundo. Pero ¿qué ocurre con una sociedad como Francia, que ya es multiétnica?

¿Su umbral de tolerancia sería demográfico?

* Claude Lévi-Strauss, *Le regard éloigné*, París, Plon, 1983 (trad. cast.: *La mirada distante*, Madrid, CIS, 1995). (N. de la t.).

Aunque su metrópolis esté superpoblada, comporta vastas regiones infrapobladas y zonas rurales desertificadas.

¿Este umbral sería económico? A pesar del número actual de 3,5 millones de desempleados en una población de 67 millones, el país no solo necesita mano de obra poco cualificada, sino también médicos e ingenieros, y nunca tendrá suficientes artistas, músicos, pintores y poetas.

En realidad, este umbral de tolerancia es psicológico: lo considera superado aquel que no puede soportar ver una carnicería halal, que no puede tolerar los rostros de piel oscura y ve un barrio periférico como un microcosmos de toda una Francia arabizada y negrificada; aquel que no puede aceptar que los *bougnoules* (moros) y los *youpins* (judíos) sean sus iguales. El umbral de tolerancia se ha convertido en un umbral de intolerancia en la Francia reaccionaria actual.

No se trata de abrir de par en par las fronteras, sino más bien de regular los flujos migratorios mediante un acuerdo intereuropeo con los países africanos, de acabar con el repugnante comercio de los traficantes y de rescatar a personas desesperadas en peligro de ahogarse. También se trata de reemplazar los campos sordidos, que recuerdan a los de Récébédou o de

Gurs, donde se aparcaba a los refugiados españoles y judíos, por centros hospitalarios para refugiados. Se trata, en resumen, de contraponer una política humanista a la inhumanidad tranquila, asumida y a veces exacerbada por la Francia reaccionaria.